

“REIVINDICACIÓN DE VALORES CÍVICOS”

(Transcripción¹)

VICTORIA CAMPS: En primer lugar, agradezco mucho a la Fundación la invitación. Es una satisfacción poder colaborar con la Fundación, y una satisfacción también compartir esa Mesa con los ponentes que me acompañan y con la moderadora que me acompaña.

Mi función aquí es hablar de la desafección ciudadana, también del descrédito de las instituciones. Pienso que es un acierto el haber escogido este tema. Es verdad que las instituciones son los pilares fundamentales de la democracia y que el descrédito frente a ellas cada vez es mayor. Creo que todos los que estamos aquí estamos convencidos de que las instituciones son necesarias, son imprescindibles. Incluso una institución que es la que está más baja en el descrédito ciudadano, que son los partidos políticos, hay que decir que las democracias no pueden funcionar sin partidos políticos y, por lo tanto, hay que fortalecerlos y, sobre todo, hay que transformarlos.

Lo que hay que hacer es intentar averiguar cuáles son las causas, cuáles son las razones, cuáles son los motivos que han producido esta falta de credibilidad y esta desconfianza que se extiende al conjunto de la democracia, y concretamente a la democracia representativa, muchas veces con una crítica que yo creo que está equivocada, que es pensar que lo que está mal es la democracia representativa, la idea de representación como base de la democracia.

Yo me voy a referir a una razón o motivo que tiene que ver con lo que ha sido mi disciplina siempre, mi objeto de estudio, la reflexión sobre el pensamiento ético, que está, yo creo, en el fondo de todo lo que ha venido analizando antes Benigno Pendás de todas las causas de desafección ciudadana, que es el tema de la falta de valores o virtudes cívicas, o virtudes públicas o virtudes morales.

¹ Corresponde a la transcripción literal de la intervención de Victoria Camps, Catedrática de Ética de la Universidad Autónoma de Barcelona, en las Jornadas *La necesaria reivindicación de las instituciones* celebradas los días 28 y 29 de mayo de 2013.

Creo que, en el fondo de la desconfianza hacia las instituciones, no hay un cáncer que tengan las instituciones y que se deba combatir por ellas mismas, sino que en el fondo de todo lo que hay son malos comportamientos de quienes gestionan las instituciones, malos comportamientos, finalmente, de quienes eligen a las personas que son las que van a gestionar las instituciones. Es decir, un problema de falta de identidad moral en la ciudadanía en general, y cuando hablo de ciudadanía me refiero a todos, todos somos ciudadanos. No hay que hacer esa distinción que a veces hacemos entre la ciudadanía y la clase política, todos somos ciudadanos, y los ciudadanos nos debemos a una serie de ideales, objetivos, deberes. Finalmente, la ética de lo que habla es de deberes, de obligaciones que nos tienen que comprometer a todos, y esa es una de las razones que está fallando en estos momentos.

Como antes, al final, y yo también he insistido al final del coloquio, de la Mesa anterior, se hablaba de un déficit cultural. Antón Costas decía: “no me acaba de gustar eso de hablar de culturas”, porque parece que detrás de las culturas hay algo como de homogeneidad, de autoridad, de querer imponer una manera de ser.

Yo tampoco encuentro exactamente cuál es la expresión, cuál es la palabra que deberíamos utilizar para referirnos a lo que yo caracterizaría como una falta de identidad moral de las democracias actuales, una falta de identidad moral derivada de un modelo social liberal, y al hablar de liberalismo, no lo digo en un sentido en absoluto peyorativo.

Es decir, una cosa es hablar de un modelo libertario y otra de un modelo liberal, liberal social, que, por una parte, ha creado un modelo de persona muy individualista, individualista también en el sentido más negativo del término, es decir, tendente al egoísmo, a buscar solo su interés privado, su interés personal, o, en el caso de las corporaciones o de las instituciones, el interés corporativo, con descuido total del bien común o del interés general, que es algo que en una democracia no se puede eliminar. Es decir, debe funcionar necesariamente.

Por una parte, las democracias liberales han llevado a ese modelo de persona. Por otra parte, el estado social ha acabado siendo también, y no quiero que esto se tome... En fin, es peligrosa la forma en que lo voy a decir, ha acabado siendo un tanto paternalista, es decir, evitando o impidiendo que las personas asumieran cada

una su responsabilidad con respecto a las obligaciones a que les compromete también ese Estado social, y una de esas obligaciones es pagar impuestos, pero aparte de eso debe haber un compromiso ciudadano distinto en cada uno de los casos con respecto al mantenimiento del Estado social y del Estado de derecho en general.

Precisamente porque es difícil encontrar la expresión para referirme a esa falta de identidad moral, yo utilizo un concepto técnico que, como casi nadie entiende, lo puedo lanzar más fácilmente, que es *ethos*, falta *ethos* en nuestra democracia, falta *ethos* y falta *demos*.

Falta *demos* porque el pueblo, eso que traducimos por pueblo, no es un pueblo cohesionado, es decir, no es la ciudadanía, cada cual va a su aire, cada cual va por su lado, las corporaciones igual, y falta esa cohesión, ese engrudo que haga que las personas, por lo menos en parte, trabajen conjuntamente y sean capaces de tener una visión conjunta de cuáles deberían ser los objetivos de la sociedad.

La falta de *demos* repercute en la falta de eso que los griegos llamaban *ethos*, y que se traduce por manera de ser, es decir, cuando hablo de déficit de identidad moral me refiero a eso, una manera de ser ciudadana, una manera de ser cívica, que nos disponga a actuar en un sentido determinado, que se traduce en una serie de hábitos, en una serie de costumbres, no necesariamente en una serie de normas o de principios, que es muchas veces como se tiende a entender la ética, como un código, como un conjunto de principios, de normas.

Creo que es una visión de la ética excesivamente análoga o cercana a lo que es el derecho. En realidad, para mí la ética, y la ética, sobre todo, que echamos de menos hoy, es la que se remonta a los griegos. Es la ética, tal como se entendió en sus orígenes, que es la ética de las virtudes. Yo prefiero hablar de virtudes que hablar de valores, porque creo que esa expresión, crisis de valores, deberíamos eliminarla de nuestro vocabulario. Es decir, es como una especie de muletilla que sirve para muchas cosas, y en realidad no acaba de decirnos nada.

A mí me gusta hablar más de virtudes, aunque entiendo que el concepto es totalmente anacrónico, y no tiene mucho sentido utilizarlo hoy, pero sí que me parece que el significado aristotélico, sobre todo de la palabra virtud, deberíamos

recuperarlo. La virtud tiene que ver con el carácter de la persona, tiene que ver con una disposición a actuar de una forma determinada, es una manera de ser que se asienta en el sentimiento, y por eso forma parte del carácter de la persona.

Antes se hablaba de Adam Smith y de la necesidad de reivindicar, junto a una economía distinta, esos sentimientos morales sobre los que Smith también escribió, porque para algunos filósofos la moral no ha sido una cuestión solo de razón, de distinguir entre el bien y el mal desde un punto de vista puramente teórico, sino de asimilar, interiorizar esa distinción y, por lo tanto, incorporarla a la manera de ser de cada uno.

Yo creo que es eso lo que hoy nos falta, y que hace que, por una parte, la sociedad civil no actúe siempre con espíritu ciudadano y, por otra parte, que la clase política, y eso repercute más en el funcionamiento de las instituciones, no actúe tampoco de acuerdo con esas virtudes cívicas que hacen que el comportamiento, la voluntad sea una voluntad buena, lo que decía Kant, lo único que hay bueno, sin distinción, es la voluntad de hacer el bien, la voluntad de hacer las cosas bien hechas. Hablar de ética es hablar de eso, es hablar de la voluntad de actuar correctamente.

Para profundizar un poco más en esta idea de virtudes cívicas, ¿qué son las virtudes cívicas y por qué son necesarias? Cívico viene de *civis*, que significa ciudad. Los valores cívicos, en principio, son los valores que necesita la ciudad o que necesita la sociedad, o que necesita la comunidad, para mantenerse como tal. Son valores inherentes a esa idea de res publica, de república que los autores que lo defienden hoy se remontan, por ejemplo, a Cicerón, pero también a Maquiavelo o también a Rousseau, para citar solo tres grandes nombres.

Maquiavelo, por ejemplo, hablaba de la necesidad del *vivere civile*, de que el ciudadano estuviera adornado con una serie de virtudes públicas, de valores civiles, porque, si no, la república no podía funcionar. Rousseau se refiere a la necesidad de una religión, aunque sea civil, para que la democracia funcione. Si no hay algo que cohesione a las personas en torno a unos proyectos, objetivos comunes, lo que decía ahora mismo Benigno Pendás que no existen en nuestro mundo esos proyectos, esos objetivos comunes, pero si no es posible religar a los ciudadanos por lo menos para que piensen en esos objetivos y hablen de ellos, la democracia no puede funcionar.

Entonces, es necesario cultivar unas virtudes para poder vivir en común, y eso es el *ethos*, esa es la manera de ser que orienta a las personas hacia un mismo bien, porque lo contrario de eso es el individualismo, es el egoísmo, es la codicia, es el corporativismo, es el partidismo político.

Es decir, cuando los móviles para actuar son solo los intereses individuales o los intereses corporativos, ocurre lo que ocurre con las instituciones. Antes se hablaba del Consejo General del Poder Judicial, es uno de los ejemplos, pero podemos hablar del Defensor del Pueblo. La dificultad, por ejemplo, de renovar esas instituciones.

¿Por qué? Porque el objetivo no es buscar a las personas más adecuadas, y, además, se decía antes, esas personas adecuadas, ya a lo mejor las más adecuadas ni siquiera querrán pertenecer a las instituciones, precisamente por el descrédito que tienen, pero desde el punto de vista de la renovación, el problema es que no se piensa en el bien común, no se piensa en el objetivo final de la institución, se piensa desde el partidismo, se piensa desde intereses puramente partidistas, o, en otros ámbitos, se piensa en las próximas elecciones.

Estos objetivos de corto plazo, estos objetivos a ras de suelo, son los que impiden que se desarrolle esa manera de ser, ese *ethos* que haría que las instituciones funcionaran de una forma más adecuada. Yo creo que esto explica también el hecho de que se ignoren los fines para los que han sido creadas las instituciones, hace que esos fines sean sustituidos por intereses que son bastardos, que son espurios, y que dan pábulo a la corrupción, a la oposición sistemática a lo que dice el adversario, es decir, el sistema como funcionan los partidos políticos en el Parlamento no tiene nada que ver con una democracia deliberativa, una democracia donde las cosas se discuten, donde los problemas se discuten, sino que es la oposición sistemática, no hablemos ya de las tertulias televisivas, radiofónicas, donde lo que impera es el ruido, es el grito, pero no la discusión sobre problemas reales.

Esa imposibilidad de mejorar la calidad de la democracia, imposibilidad también de llegar a acuerdos tan necesarios, tan importantes con la crisis económica, y que han sido reclamados por tantas voces, y que, sin embargo, no se da respuesta ni se atiende a todo eso, eso finalmente tiene que ver con una manera de ser equivocada,

tiene que ver con las voluntades, yo lo he repetido muchas veces a propósito de la corrupción.

Ya podemos cambiar las leyes, ya podemos hacer códigos de conducta, ya podemos reformar instituciones, establecer más controles; si no hay voluntad por parte de las personas que tienen que administrar todo eso, de actuar mejor y de hacer mejor lo que están haciendo, nada cambiará, finalmente todo seguirá igual, porque lo más fácil es incluso no hacer caso de esas reformas que se han ido introduciendo.

De todas formas, y aunque yo estoy convencida de lo que digo, es decir, pienso que una de las razones últimas del mal funcionamiento de las instituciones son las personas, es decir, son las personas que las forman, las personas que eligen a esas personas, y una voluntad no del todo dirigida hacia el interés común, es verdad que hablar de valores está desprestigiado también. Estoy pensando concretamente en un artículo de hace pocos días de Ruiz Soroa en El País, que, además, el título era irónico, el título era Marchando una de valores.

Entonces, él venía a decir: bueno, entonces hablar de valores acaba siendo ridículo. Aludía a los profesores de ética, con lo cual me sentí aludida, y pensé: “bueno, aquí hay que pensar en este tema”, y es verdad, a lo mejor ahí, en el fondo, hay algo que debemos rectificar. Él decía: mientras la sociedad sea la que es, mientras mantengamos ese modelo que yo llamo libertario de sociedad donde finalmente el elemento último es el individuo, donde todo es mercado, donde se puede comprar todo o se debería poder comprar todo, la educación, la salud, la vivienda, las pensiones, todo eso, la seguridad social, todo eso deja de existir, porque lo que se reclama es la mínima intervención del Estado, tanto en la vida privada como en la economía, mientras la sociedad sea eso, el individuo no cambiará.

Por lo tanto, no sirve de nada reclamar valores como algo abstracto —aquí hace falta más tolerancia, más solidaridad, más respeto, etcétera—, no cambiará porque la sociedad es la que es, y falta, como ese imaginario necesario, ese clima necesario para que las cosas cambien.

Es verdad que tenemos un instrumento, que es la educación. La educación puede enseñar virtudes. Ahora cada vez menos, porque la educación para la ciudadanía va

a desaparecer, y entonces, bueno, pero no deja de ser lo que puede hacer la educación un grano de arena, una gota de agua en el océano. Es decir, en un mundo donde los agentes sociales son muy variados, lo que puede hacer la familia y lo que puede hacer la educación es mínimo si el resto de la sociedad no coopera, de alguna manera, en cambiar el clima, el imaginario y, por lo tanto, también el sistema que hace que el tipo de individuo que se forma, yo diría por ósmosis, no por educación sino por contagio con la sociedad, es un individuo consumista, es un individuo que se orienta por una serie de ideales que son puramente mercantilistas: el tener el éxito fácil, el poder adquisitivo, el triunfar de la forma más fácil, y todo eso desde una perspectiva puramente individual.

Otra crítica que se suele hacer también cuando introducimos la ética en estas cuestiones es qué necesidad tenemos de ética, si ya está el derecho. Es decir, si ya tenemos leyes, lo que hay que hacer, porque realmente es lo que tiene poder para cambiar incluso los comportamientos de las personas, es el derecho. El derecho es coactivo, la ética no lo es, la ética obliga en conciencia. Las obligaciones morales, los deberes morales obligan en conciencia, pero no tienen el poder coactivo de las leyes.

Yo aquí pienso que lo que hay que decir es que la ética o la moral está más acá y más allá del derecho. Es decir, las leyes no siempre son justas. Aunque el procedimiento para llegar a ellas haya sido justo, las leyes deben ir cambiando. Estamos con el debate de si la Constitución hay que reformarla o no hay que reformarla. Bueno, pues las leyes hay que ir las adaptando a las necesidades de la sociedad, deben ir cambiando, deben ir perfeccionándose. Lo que inspira esa mejora de las leyes son principios éticos, finalmente son valores éticos, no es otra cosa.

Una de las fuentes del derecho es la ética. Pero es que, además, las leyes, y ahí yo reivindico siempre una virtud aristotélica que a mí me ha hecho entender mucho lo que debe significar la ética, que es las frónesis, lo que se traduce —mal traducido— por “prudencia”. Las leyes deben interpretarse y deben aplicarse bien. Si no hay voluntad de utilizar, aplicar e interpretar las leyes de la forma adecuada, las leyes tampoco acaban de funcionar bien, y esa actitud, esa frónesis, es una actitud moral, es una actitud que deben cultivar las personas que aplican las leyes y que ejecutan las leyes. No es algo que viene ya dado por la forma de la ley, sino que es algo más.

Por lo tanto, en ese sentido, todos los autores que han hablado de estas cuestiones y, sobre todo, los que hoy reivindican ese espíritu republicano que deberíamos introducir en la democracia liberal, se han referido a esta cuestión. No podemos confiar solo en el derecho para las transformaciones de la sociedad, hace falta también algo más, y a ese algo más creo que hay que llamarle actitudes éticas, actitudes morales.

Ahora, el último punto, cuando me refiero a virtudes, ¿de qué virtudes hay que hablar? ¿Cuáles son las virtudes o los valores que hoy deberíamos reivindicar por encima de cualquier otro, los más necesarios? Yo creo que son básicamente tres, y que tienen que ver con los tres grupos de derechos civiles, políticos y sociales.

En las reflexiones que hoy se hacen desde el pensamiento republicano sobre el déficit de ciudadanía de nuestra época, esa incapacidad de las personas de poner la libertad al servicio de los demás también, es decir, no utilizar la libertad solo en beneficio propio sino ponerla también en parte al servicio de los demás, se suele criticar, de alguna forma, la concepción de la ciudadanía o del ciudadano como un sujeto exclusivamente de derechos y no de deberes.

El ciudadano es sujeto de derechos, y fue un gran acierto el considerar que el ciudadano es sujeto de los tres grupos de derechos: civiles, políticos y sociales, y eso es muy reciente, además. Pero para que esos derechos realmente funcionen, y esos derechos acaben siendo respetados y acaben teniendo cumplimiento en la sociedad, es necesario no solo que el Estado, que es garante de los derechos, se haga cargo de esos derechos, sino toda la ciudadanía, finalmente todos somos Estado, eso que dice, pero toda la ciudadanía también se comprometa con la satisfacción de esos derechos.

En este sentido, yo diría que hay tres valores, virtudes fundamentales, que hoy se echan especialmente en falta. Uno es el respeto mutuo, el respeto entre las personas, y que es el complemento de los derechos civiles. Es decir, los derechos civiles son los más desarrollados. El derecho a la libertad es el derecho más impuesto en nuestra sociedad, es el derecho más desarrollado, efectivamente, en la sociedad, pero esa libertad, lo decimos muchas veces, tiene unos límites, que es la libertad del otro, y ese límite, que es la libertad del otro, impone una obligación de respeto mutuo.

Yo siempre hago alusión al origen etimológico de la palabra “respeto”, que viene de *respitare*, que significa “volver a mirar”, volver a mirar al otro, es decir, detenerse en el otro. Más que hablar de tolerancia, que ha sido una de las virtudes clásicas de la democracia, creo que deberíamos hablar de respeto. Es una virtud que va un poco más allá de la tolerancia, que significa básicamente tolerar al que no me gusta, tolerar el que me incomoda, es decir, aguantarlo porque no hay más remedio. Más que eso, creo que hay que hablar de respeto.

La segunda virtud, que para mí es complemento de los derechos políticos, los derechos políticos, de alguna forma, garantizan la participación de todos en la vida política y la posibilidad de formar parte activa de esa vida política. Se echa de menos la participación real, pero más que hablar de participación real, yo creo que lo que hay que fomentar es ese valor o esa virtud que John Rawls llama razonabilidad, que me parece fundamental.

La razonabilidad para una sociedad plural es la garantía de poder ir construyendo lo que los filósofos y el mismo Rawls llaman una razón pública, es decir, una serie de leyes, un discurso, una serie de políticas públicas en las cuales podamos mínimamente reconocernos todos y podamos sentirnos todos representados. Para que eso sea posible hay que rehuir los extremismos, que es uno de los grandes defectos de nuestro tiempo y una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo. A falta de proyectos, el proyecto más extremista, es decir, el más populista, por una parte, o el más dogmático, por otra parte, es el que engancha más a las personas, es el que tiene más magnetismo, porque dice algo concreto y dice algo que la gente puede identificar.

Pues precisamente lo que la democracia pide es huir de esos extremismos para que se pueda construir una razón pública, y a eso Rawls le llama la razonabilidad, ser capaces de hilvanar un discurso razonable, lo que no estamos haciendo a ningún propósito. No es razonable el debate, si se puede hablar de debate, en la ley de educación. No es razonable el discurso en la reforma que se propone sobre la ley del aborto. Es decir, los extremismos son los que se enfrentan, y son los que están en los medios de comunicación, y el término medio, la gran mayoría, que es más moderada, esa no aparece, es decir, no se escucha, no tiene voz pública, y esa es la

voz de la razonabilidad, es decir, ser capaz de expresar razones que el otro pueda comprender.

Si yo voy con el arma de la ideología o un dogma religioso, el otro no puede entender ese discurso y, por lo tanto, no puede haber una comprensión mutua o ni siquiera una escucha mutua de lo que tiene que ser un discurso común.

Finalmente, la solidaridad como complemento de los derechos sociales. Yo creo que la solidaridad es el complemento individual —la solidaridad es una virtud individual— de lo que es la base del Estado de derecho, el Estado social de derecho, que es la equidad. Si queremos una sociedad más equitativa, necesitamos individuos solidarios, que tengan sentimientos solidarios. Se hablaba antes también de ese sentimiento de empatía o de simpatía de Adam Smith, que era la base de la moralidad. Cultivar esa simpatía, esa empatía, no solo ante los más allegados, los más cercanos, sino ante todos, esa benevolencia global que decía Hume es muy difícil, y el ser humano, el individuo, no la tiene, no es innata, pero se puede ir cultivando. El cultivo de la solidaridad es el complemento de la justicia.

A estos valores —y ya acabo— añadiría yo otro, que se echa mucho de menos, y que es la primera virtud que se considera en la historia del pensamiento ético, que es la valentía. La virtud está muy ligada a la valentía, y la valentía es un valor que echamos hoy mucho de menos en los políticos, que son capaces de tomar decisiones difíciles, no son capaces de, si es que tienen criterio, actuar de acuerdo con el criterio.

Se echa de menos en la profundización de una democracia de más calidad, el valor, el ser capaz, y ahí yo creo que habría que hacer una distinción, y que es de justicia hacerla en estos momentos, en esa división que se suele hacer entre sociedad civil y clase política, está dando más la talla hoy la sociedad civil que la clase política.

Es decir, está demostrando más valentía para echarse a la calle, para organizarse, para crear movimientos ciudadanos, está siendo más exigente, y, por lo tanto, está en la línea de cultivar esas virtudes que creo que, con lo que he venido diciendo, que son las que necesita la democracia.

Antes se refería Benigno Pendás a la cuestión de que al principio de la democracia teníamos unos proyectos claros, unos ideales, parecía que eso nos unía. Claro,

aquello era más cuantitativo que cualitativo. Es decir, había que hacer muchas cosas que no teníamos, había que crear un estado de bienestar, había que crear unas instituciones, había que consolidar unos partidos políticos.

Todo eso, cuantitativo, ya está hecho, estamos en la era de la calidad. Lo que hay que hacer es dar más calidad a todo eso, y es mucho más complicado. La batalla de la calidad es mucho más complicada que la batalla por la cantidad. Tenemos una educación universal, pero ¿cómo convertir esa educación para todos en una educación realmente con más calidad?

Yo creo que ahí, sin el concurso de lo que he llamado el *ethos*, sin atender a esa falta de identidad moral, es muy difícil avanzar en este sentido, porque el *ethos* debería ser como el mínimo común ético que necesitan las instituciones, que necesita la democracia para funcionar mejor de lo que funciona.

Muchas gracias.